

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo por Iñaki Gabilondo</i>	13
<i>Introducción</i>	17
Zapatero, el más inútil de los inútiles.....	25
El malvado Rubalcaba	45
La crisis, terrible; los sindicatos, peor	67
Vendidos a ETA.....	87
España se rompe	109
La santa madre Iglesia y nunca jamás abortar	129
Si no les gusta esta historia, tenemos otra.....	149
Los cómplices (socialistas) del desastre.....	163
15-M, la chinche revolucionaria.....	175
De <i>tiorras</i> y <i>gays</i>	187
11-M, que nos digan la verdad	199
Silva de varia lección.....	209
<i>Apéndice</i>	237

Agradecimientos

Este libro —su autor, por decirlo con mayor precisión— le debe mucho a Juan Carlos Blanco, jefe de Documentación de *El País*. Su colaboración, desde un primer momento, ha sido fundamental para poder acabar con bien este proyecto. Sus conocimientos y su trabajo me han acompañado estos meses con notable y cálida generosidad.

Vaya también mi sincero agradecimiento para la muy esforzada y eficiente labor realizada por Marian Montes de Oca y Ulises Ramos.

Y, finalmente, mi reconocimiento hacia la profesionalidad y dedicación del equipo editorial de Aguilar, que supo corregir al final del proceso los múltiples traspies cometidos por el autor, que a pesar de tanta ayuda, siempre será el culpable de todos los defectos que puedan encontrar en las siguientes páginas.

Prólogo

Por razones nunca suficientemente aclaradas —entre las que no puede descartarse el masoquismo— José María Izquierdo inició hace un par de años la detección y catalogación de material tóxico en el periodismo español de la derecha extrema. Y no contento con detectarlo y catalogarlo procedió a difundirlo en la edición digital del diario *El País*. ¿Debe considerarse imprudencia temeraria la propagación de semejante material? Izquierdo, periodista de brillante currículum en medios de primerísimo nivel, ha sido ya atrapado por el escepticismo rigurosamente obligatorio en los tiempos que corren, pero conserva la vieja fe profesional en el valor terapéutico de la denuncia. Mucho cabría discutir en torno a ese principio fundamental del periodismo clásico, que apenas se tiene de pie en la actual sociedad narcotizada, pero ni este es el lugar para hacerlo ni es cosa de quitarle la ilusión al antólogo.

El cual, tras la entrega diaria —en dosis homeopática diríamos—, nos presentó un lote de mayor envergadura, el libro *Los cornetas del Apocalipsis*. Y ahora, un cargamento de gran tonelaje, estas mil ferocidades, una masa suficiente para ver con claridad el fenómeno tal como Izquierdo lo considera: un asunto peligroso. Los pájaros de Hitchcock solo inspiraban terror a partir de un cierto número, en nubarrón.

Una vez advertidos los lectores de la conveniencia de acercarse al texto con precaución y mantenerlo lejos del alcance de los niños, debe señalarse que ni las mil frases son de similar categoría ni lo son sus autores. Les une una fraternidad doctrinal común, en el rincón extremo de la derecha, y eso que Izquierdo define como ferocidad. Pero hay gradaciones. No hay escombrera en la que no podamos hallar objetos de valor. Algunas de las mil frases, sin la fiereza de su envoltura, serían reconocidas como puntos de vista radicales, incluso brillantes, aunque no los compartamos. Junto a ellas se amontonan los argumentos basura, la caza y el patriotismo, la gracia tocina y el desdén, que desde tiempo

inmemorial abarrotan nuestras cavernas. Por lo que a la forma se refiere, pura dinamita, ¿tenía razón el poeta madrileño Jorge Riechmann cuando decía que «la ferocidad siente nostalgia de la ferocidad»? ¿Tanta brutalidad expresiva está echando de menos algo? Miedo da. Y da miedo porque está demasiado cerca del odio, compañero del alma, compañero, de la historia de España.

Los autores seleccionados tampoco son equiparables. Los hay cultos y los hay mendrugos; los hay que ya llegaron y los hay que quieren hacer méritos para llegar; los hay con cerebros bien pertrechados y los hay con casco militar atornillado al cráneo e implante de correa en el tórax... Los hay que hacen pensar, los hay que asustan, los hay que dan pena y los hay que dan risa. Algunos habitan en esa región de la geografía política desde siempre, otros llegaron hace no mucho, después de un viaje que pasa por ser muy largo y es el más corto del mundo: de la extrema izquierda a la extrema derecha, de un absoluto a otro, de una receta a otra, sin que quepa la menor duda. Alguno hay que se encuentra en esa región sin que aún sepa cómo ha sido, y algún otro ha hecho de la ferocidad su marca registrada y ya se le empieza a notar prisionero de ella. Le costará salir, cuando necesite hacerlo, como le cuesta retener el éxito al niño cantor cuando le cambia la voz.

Esta antología sugiere muchas preguntas pertinentes y muchísimas impertinentes. Olvidemos estas últimas, que ya hay suficiente fuego en el bosque, y detengámonos en la más importante de las pertinentes: qué peso tiene el pensamiento recogido en este libro en el Partido Popular, qué opinan de ese pensamiento y de sus autores los militantes y los dirigentes del Partido Popular. Es una incógnita añeja en la política española, muchas veces despejada pero nunca despejada del todo. Esta extrema derecha habita en los pliegues del PP, no en otro sitio. Fue el embrión del partido y ahora parece su herejía, pero continúa en el seno de su iglesia. Ningún concilio la ha condenado ni ninguno de sus seguidores ha sido expulsado. Sus profetas más incendiarios son aclamados por grandes sectores de la militancia. La cúpula directiva, incluido Rajoy, al que maltrataron y contra el que conspiraron, no los puede soportar pero durante las horas valle de cada legislatura los reconoce como parte de los suyos, se mimetiza en ellos y los utiliza como dinamiteros. Luego, en las horas punta preelectorales, como las actuales, cuando hay que sonar como una viola de gamba y un oboe *d'amore*, les niegan tres y muchas más veces antes de que el gallo cantare.

Por eso, por esa relación cargada de contradicciones, el Partido Popular no debe considerar impertinente nuestra pregunta pertinente. Aún conservan galones y reciben honores rodilla genuflexa, tras haber sido elevados a los altares, personajes a los que no les hubiera importado nada

que el franquismo hubiera durado otros cuarenta años. Y en el periodo 1996-2004, al que se nos remite sin descanso como prueba suprema del algodón, el PP fue uno cuando no tuvo más remedio y otro muy distinto cuando pudo ser lo que quiso. Nuestra pregunta hubiera sido impertinente en la primera legislatura pero muy pertinente en la segunda. Hoy, a las puertas de unas elecciones que, si se cumplen los pronósticos, van a suponer una gran victoria de los populares, lo que culminaría su espectacular éxito en las municipales y autonómicas del 22 de mayo, otorgándoles un poder sin precedentes, se nos abren las carnes al recordar que los feroces de este libro forman parte de la familia. De la galería de héroes de la familia.

Dos notas para terminar. Primera: Este libro lo ha hecho José María Izquierdo, un hombre de izquierdas. Hubiera debido hacerlo el PP, que habría de ser el máximo interesado en pasar la escoba por sus telarañas. Les parecerá una ingenuidad pero la política se ha suicidado precisamente por no actuar así. Suicidio en defensa propia, el último grito en materia de estupidez humana. Si el PP se hubiera lanzado a esclarecer y depurar el caso *Gürtel*, si hubiera sido el PSOE quien abriera en canal los casos GAL o *Filesa*, si lo lógico, en fin, no fuera inverosímil, tal vez la política no estaría de cuerpo presente en nuestra sociedad.

Segunda: No sabemos si sería posible otra antología de ferocidades de signo ideológico contrario. Pero aunque así fuera, no quedaría neutralizada la carga explosiva que se recoge en este libro. Tendríamos dos. O sea, España.

IÑAKI GABILONDO

Introducción

Hay una cierta pose aristocrática en despreciar o, por lo menos, minimizar la importancia, grosor y tallaje del vociferante conjunto de medios de comunicación de la extrema derecha en nuestro país. Casi tanto como la escasa atención que se presta a la extrema derecha política. Son poca cosa, dicen con elegante distanciamiento. Piensan que estos bizarros representantes mediáticos de la grosería y el insulto son una minoría que apenas si exigiría la curiosidad de los microbiólogos. Como sus equivalentes en el escenario del juego político. Pero quienes así discurren olvidan o no prestan la debida atención a algunas características universales y a otras específicamente españolas.

Entre los primeros se cuentan quienes desconocen que la hormiga de fuego apenas si supera los seis milímetros, pero su venenosa piperidina puede causar hasta la muerte. La perversidad o la vileza no necesitan de grandes contenedores para ejercer su influjo maléfico. Ya sabemos del engaño de los números y las equivocaciones que produce no atender a las minorías como se merecen. Y ante la minoría inmigrante habrá que dotarse de instrumentos para asimilarla, pero frente a cualquier minoría agresora deberemos echar mano de todas las defensas que nos brinda el Estado democrático.

Toda esta barahúnda, este ovillo tan difícil de desenredar, parte, a mi juicio, de la madre de todas estas dificultades de clasificación, que no es otra que la confusión —buscada, forzada, inducida— que existe en nuestro país entre la derecha y la extrema derecha. Si desde el estudio de los medios abrimos un poco el objetivo y analizamos el panorama político, es fácil, o eso creo, advertir lo que está sucediendo. No hay ninguna formación en el arco parlamentario español que se autodefina como extrema derecha. ¿No hay, entonces, ciudadanos de extrema derecha? ¿O es que acaso esos posibles electores no acuden a votar?

No son ciertas ni una cosa ni otra, claro. Existen, como se ve en las multitudinarias manifestaciones que de vez en cuando organizan, bien

bendecidos por la Iglesia que tanto los quiere y tan fuerte les empuja. Allí les vemos, en directo, en la televisión o en los periódicos, ejerciendo su derecho de mostrar esas pancartas que todos hemos leído, o les oímos gritar sus consignas. ¿Alguien con un mínimo de sentido de la política o de la ideología dudaría de su filiación de extrema derecha en cualquier país europeo? Y votan, naturalmente que votan. Y mayoritariamente lo hacen por el Partido Popular. Como es evidente y no podía ser de otra forma. ¿Hay alguna otra formación más cercana a sus intereses, a esos eslóganes, a esos gritos, a esas pancartas?

Este efecto es conocido. Ignoro por qué —quizá algún politólogo con más luces que quien esto escribe sea capaz de ofrecer alguna explicación razonable— el electorado español se comporta en este aspecto mucho más próximo al mundo anglosajón, de Estados Unidos o Gran Bretaña —tan vigorosamente bipartidistas— que al europeo continental. Quizá la brutalidad del franquismo todavía atenaza muchas conciencias y aún deberá pasar algún tiempo para que surja esa formación que se declare de extrema derecha sin tapujos y recoja todo ese voto que todos sabemos que existe. Ya hay —y aquí lo van a ver— unos cuantos medios de prosa fascista, enmascarada bajo esa fórmula de «sin complejos» que tanto les gusta. Así que si se insulta «sin complejos», también en un futuro se podrá votar «sin complejos» a esa formación ultraderechista que está por nacer, y cuyos votantes buscan hoy amparo en el Partido Popular o en opciones minoritarias.

Porque no hay más que echar un vistazo al resto de Europa y ver los resultados de los partidos representantes de la extrema derecha. Austria: el FPÖ, Partido de la Libertad, obtuvo un porcentaje del 27 por ciento en las elecciones de 2010; Finlandia: el Partido de los Verdaderos finlandeses (*sic*) obtuvo más del 19 por ciento de los votos en las últimas elecciones; Dinamarca: el Partido del Pueblo danés, tercera fuerza del Parlamento, tiene 25 diputados; Hungría: Jobbik, el Movimiento para una Hungría Mejor, cuenta con 47 diputados; Holanda: el Partido de la Libertad (PVV) de Geert Wilders es la tercera fuerza política, con 24 escaños. En Francia los sondeos dan a Marine Le Pen, Frente Nacional, alrededor del 18 por ciento de intención de voto. En Italia la Liga Norte cuenta con 59 diputados. Está aliada con Silvio Berlusconi. Para no hacer interminable la lista acabemos, y la razón evidente de por qué lo hacemos así es Anders Behring Breivik y sus más de 70 víctimas en Noruega, donde el Partido del Progreso obtuvo el 22,9 por ciento de los votos y 41 escaños en el Parlamento.

Valgan estas cifras no para ningún análisis político ni electoral, que no es este lugar para ello, sino para mostrar el origen del amasijo derechista en el que conviven piedra y arena. Ya he señalado en alguna oca-

sión que quizá nos equivocamos quienes en tiempos de la Transición estábamos orgullosos de que en España no hubiera ningún partido de extrema derecha. Quizá ahora, si los electores tuvieran esa posibilidad de voto, el panorama general estaría más oxigenado y el Partido Popular, por razones evidentes, habría tenido que afinar principios y propuestas. Hoy atiende a demasiadas voces, tanto de esos electores de extrema derecha como de los apoyos mediáticos que tan suciamente los jalean y encrespan. De existir esa otra opción, habría entonces, y a ello íbamos, unos medios de comunicación claramente de derechas y otros de extrema derecha. Cuánto mejor que al requeté se le vea la boina roja.

Porque aquí estamos, ahora, en este sinvivir. Que a esos pigmeos, sea Intereconomía TV y los maullidos de su esmirriado gato o las chirriantes parrafadas de esRadio, les acompañan los gigantes. No es usual en otros países el paisaje del que aquí gozamos (¿?). Al menos los tres grandes periódicos de la derecha, *El Mundo*, *Abc* y *La Razón*, con una importante tirada si se suman los tres, pretenden ser periódicos de referencia, equiparables a los diarios europeos de la misma tendencia, sea *Le Figaro*, *The Times* o *Corriere*. Separo profilácticamente *La Gaceta*, que ni en los sueños más húmedos de sus responsables podrían creerse un periódico —y tal calificación ya es fantasear— de referencia. Y no lo son porque se asemejan más, en muchas ocasiones, a esos periódicos amarillos que aquí no tenemos y que de alguna forma hemos sustituido por la telebasura. La ferocidad de algunos de los columnistas de esas cabececeras, alguna centenaria, los insultos que se repiten un día tras otro, las mentiras y tergiversaciones de algunos de ellos son incompatibles con el rigor profesional que se exige a un medio de comunicación para pasar el listón de la decencia. Con ellos la discusión es imposible. No debaten, insultan. No argumentan, intimidan.

Pero estas características patrias tienen reminiscencias de nuestra propia historia del siglo xx, esa que nuestros selectos articulistas, gimnásticos pseudohistoriadores, pirueta circense tras pirueta circense tratan de ocultar primero para deformarla después. Pero tanta trompetería y tanta mentira no debe engañarnos y hacernos creer que estamos solos en el universo. Políticamente hay muchas conexiones con otros fenómenos, como las hay con los medios de comunicación de esos mismos países. Merece la pena que nos detengamos, por ejemplo, en la combinación del Tea Party estadounidense con la cadena Fox News, el buque insignia —junto con el *Wall Street Journal*— de Rupert Murdoch, ese gran magnate de la prensa que tantas pruebas de la ética de sus medios nos ha dado últimamente, y que tan acertadas deben parecerle a su consejero José María Aznar, de quien no hemos sabido que haya renunciado a su contrato con el emporio que paga igual de espléndidamente a sus consejeros

como a los detectives privados que manipulan los teléfonos móviles de niñas secuestradas.

Es de suponer que coincidiremos todos en que los calificativos de extremista, fanático e intransigente se adaptan como un guante al movimiento Tea Party. Muy recientemente, en los últimos días de julio, todos hemos tenido la oportunidad de ver cómo los 40 congresistas republicanos pertenecientes a ese grupo desafiaban a la dirección republicana y a los 200 diputados restantes. El partido de Abraham Lincoln sufrió entonces en sus carnes —como el resto de los ciudadanos del mundo, que veían cómo Estados Unidos se quedaba a un centímetro del abismo— la broma de haber sumado a sus filas en las últimas elecciones, para intentar ganar a los demócratas, a la extrema derecha de su extrema derecha, tan pintoresca por reaccionaria como aventurera por ignorante y sectaria. Y el Tea Party se hinchó como las *pop corn*.

Junto con esta minoría los republicanos compraron algo más que venía en el mismo lote: el apoyo de la cadena Fox, la Brigada Acorazada de los sectores más retrógrados de aquel país. Una Brigada, todo sea dicho, de gran efectividad por todo lo que mata, que no por su imponente presencia. Son más un cuerpo de élite expedicionario de asalto, como los famosos SEALS que acabaron con Bin Laden, que los pesados tanques que embarrancaron en los desiertos iraquíes. Limitados, pero de gatillo fácil. Emisora de cable, sus audiencias se quedan a muchos millones de los informativos de las cadenas generalistas: menos de dos millones sus estrellas más rutilantes, mientras los noticieros diarios de NBC (8 millones), ABC (7.250.000) y CBS (5.500.000) suman más de 20 millones. Pero no son ni de lejos tan virulentos, radicales e ideologizados como la programación de la Fox, esa bazofia periodística que asustó hasta a Walter Cronkite.

Por eso decíamos antes que las cifras engañan y que los pequeños, a veces, son más peligrosos que los grandes. Lo es el Tea Party en algunas cosas, lo es Fox News en las mismas, las dos cabezas de un mismo dinosaurio. Y ambas, por generar la droga dura que se inyectan en vena los yonquis de la intolerancia y la más ciega de las intransigencias. Las homilías de la cadena Fox son el alimento adictivo que procuran vociferantes sacamuelas a los ávidos espectadores de emociones fuertes y banderas de otros siglos. Un estudio de Emelly Ellins para la Universidad de California señalaba que entre un 70 y un 85 por ciento de los dirigentes y miembros del Tea Party eran espectadores habituales de la Fox. Son pocos, pero prietas las filas. Así que presentadores y oyentes de la implacable maquinaria de Murdoch disfrutaban sobremanera —adrenalina a tope— con sus cosas.

Sean Hannity, por ejemplo, puede decir que «Obama es un extremista», un «socialista» y que lleva al país «al socialismo». Glenn Beck,

que el presidente norteamericano es un «racista» que siente un «profundo odio por los blancos», o que los televidentes abandonen sus iglesias si hablan de «justicia social» porque es «una contraseña para la ideología comunista y fascista». Para Carl Thomas la reforma sanitaria de Obama era «el triunfo de la filosofía humanista atea». «Llega la eutanasia» o «puedes llamarlos tribunales de la muerte», dijeron. Concordancia perfecta, por ejemplo, con la gran sacerdotisa del Tea Party, la ignorante Sarah Palin: «La América que yo conozco y amo no es aquella en la que mis padres o mi hijo con síndrome de Down tengan que comparecer ante un tribunal de la muerte de Obama», o contemplar que Bill O'Reilly amenace o insulte, o ambas cosas, a Martin Sheen, a Barbra Streisand o a Harry Belafonte por su oposición a la guerra de Irak. Por no llegarnos hasta Rush Limbaugh, estrella rutilante del mismo equipo: «Obama es más africano en sus raíces que americano y se comporta como un déspota colonial africano».

¿Les suena la manera de hacer de esta máquina de propaganda, que no de informar? ¿Esta forma de mezclar información y opinión, sin posibilidad alguna de separar una cosa de la otra? ¿Reconocen esta sucia manera de trabajar que acaba con cualquier rasgo de buenas prácticas no ya periodísticas, sino simplemente de la decencia? Alguien ha dicho, con acierto, que Murdoch quiere que todas las noticias se expresen como opiniones porque nunca se podrá probar que las opiniones sean falsas. Escojan y revuelvan en las frases que aquí podrán leer para hallar sus equivalencias. Los insultos a Obama son perfectamente asimilables con los dirigidos a Zapatero. ¿Quieren una muestra? Federico Jiménez en su blog de *Libertad Digital* el 9 de agosto de 2011: «Yo entiendo que un norteamericano vote a un negro aunque sea Obama. (...) Lo que no entiendo es que un español vote a Zapatero; y que, encima, reincida. Eso no tiene justificación histórica ni excusa intelectual. Sin embargo, es indudable el paralelismo de los dos ilusionistas. Zapatero es el Bautista de Obama, sin ser uno profeta ni el otro mesías. Obama es un Zapatero cortito de café». Pero también se parecen como una gota de cazalla a otra las menciones al aborto, tan habituales en nuestros comentaristas, como la próxima implantación de la eutanasia y similares insidias que vomitan todos los días nuestros fanáticos patrios. ¿Han reconocido a los titiriteros de la ceja, los Bardem o los Víctor Manuel en esas dianas móviles de O'Reilly?

¿Qué otra cosa que artefactos dedicados a ridiculizar, humillar y desafiar, al igual que la Fox, son Intereconomía TV o esRadio? ¿Qué manera hay de que el espectador pueda diferenciar entre información y opinión? ¿De qué rigor pueden presumir los autores de las frases, articulistas o contertulios, que aquí van a encontrar? Con ellos la discusión es impo-

sible. No debaten, insultan; no argumentan, intimidan. Podrán observar, además, dos hechos curiosos. Por un lado tenemos aquello que el muy citado George Lakoff definió como teoría de los marcos o del encuadre. Verán que todos los aquí presentes siempre tienen esos formatos a mano para hablar de cualquier asunto que se trate. No tienen que trabajar mucho: la izquierda es ignorante o malvada, manirrota o ladrona, cómplice del terrorismo, gentes sin alma, comecuras desafortunados. Y en muchas ocasiones lo son todo a la vez. Así que la discusión no es tal, que basta con los manuales. Pero es que si la charla se tuerce o ya se ha agotado el arsenal que traían preparado, siempre se puede recurrir a los otros marcos que, amorosamente, les esperan: el aborto es un asesinato, nos quieren imponer la eutanasia o la enseñanza es un asco y una violación del tierno cerebro de nuestros niños.

Mencionábamos líneas más arriba la castiza historia patria como fuente de inspiración de tanto cantamañanas lenguaraz. Y no hay más remedio que remontarse a aquella «brutalización» de los años veinte y treinta que definió George L. Mosse, tan característica de la vida política de entreguerras y que alcanza a la República. Izquierdas y derechas irreudentas se enzarzaron entonces en atroces enfrentamientos y bárbaros rifirrafes entre enemigos irreconciliables y no entre simples adversarios. Fue aquella una etapa bárbara, con la palabra como ariete o pedrada. La pasión en el decir no era sino el prólogo o el epílogo de la violencia física, de los puños y las pistolas. Se podrá discutir quién empezó la batalla, pero nadie puede negar la fiera implicación de ambos bandos. Pero ocurre que hoy, tantos y tantos años después, los cornetas del Apocalipsis se han quedado solos en la pista. Una presencia patética la suya, grandilocuentes espantapájaros en mitad del campo yermo y abandonado. Bayoneta calada y casco calzado en su trinchera disparan sin cesar hacia un enemigo inexistente, que solo vive en sus ensueños o sus consignas.

Cita Manuel Álvarez Tardío en el colectivo *Palabras como puños*, dirigido por Fernando del Rey, una frase de *El Noticiero*, un diario afín a la muy derechista Acción Popular, la siguiente frase: «Luchan, de un lado, los defensores de la religión, de la propiedad y de la familia. Del otro, los representantes y voceros de la impiedad, del marxismo y del amor libre. Son las dos ciudades enemigas de que habla San Agustín». Los propagandistas de la primera ciudad van a conocerlos enseguida. Los de la segunda, como es evidente, ya no existen. ¿Impiedad, marxismo, amor libre? ¿Conocen ustedes algún medio de comunicación medianamente importante que tenga tales normas grabadas en sus frontispicios? Ellos ahí siguen, amparados, además, por jueces que entienden que esos epítetos mordaces tan solo se deben a «la legítima rabia periodística» —el magistrado que así exculpó al más gritón de todos los gritones, entre

otros, se llama Antonio García de Paredes, demos justificada publicidad a su digna señoría—, a la par que mantenidos por bancos o conferencias episcopales y jaleados por no pocos políticos, encantados muchos por el servicio que se les presta, atemorizados otros por la perpetua extorsión del pandillero.

Algunas advertencias sobre este libro. Aquí verán frases elegidas, pero no sustraídas a su contexto, de grandes diarios nacionales, alguno de ellos digitales, y de emisoras de radio y televisión. De los primeros hay leídos un par de años. De las segundas, las tertulias y los informativos de abril, mayo y junio de 2011: *El gato al agua*, telediarios de Intereconomía TV, *Es la mañana de Federico*, *Es la noche de César*, *Dando caña*, *Alto y claro*. Y verán otras aportaciones de fechas variadas. Suficiente. He renunciado expresamente a utilizar frases de blogs de escaso relieve, autodenominados ultras o directamente fascistas. Hay también repeticiones que he dejado ex profeso para que se compruebe la extensión de la campaña o la contumacia en el insulto. Y en no pocas ocasiones he preferido —en algunos temas— frases de contenido un poco más enjundioso en detrimento del exabrupto, el respingo o la coza: se pierde en tremendismo pero se gana en rigor. Y hay, ya verán, nombres que se imponen por número y grosería. Es tanta su facundia, su insaciable afán de bachillerear y tanta su toxicidad que requieren una atención especial.

No he querido, tampoco, echar mano del ventajismo que hubiera supuesto reproducir los comentarios, anónimos, de los internautas a los blogs o a los artículos de las firmas aquí recogidas. No es difícil encontrar en ellos consignas tan civilizadas como hay que llevar al paredón a todos los socialistas y otras cosas de similar pelaje. Advertirán también la arbitraria clasificación de algunas de las frases. Muchas de ellas están en un apartado pero podrían estar en otros. Cierto. He intentado aplicar variadas reglas de la lógica, pero a veces la realidad, por boca de tanto fantasioso, se hace tan extravagante que es de difícil catalogación. Admitanme un punto de arbitrariedad en la selección y clasificación.

Por último, tampoco leerán frases contra políticos de la derecha de alguno de los vociferantes habituales, aunque las conozco bien. Sé a ciencia cierta y comprobada que nuestros predicadores de cabecera tienen también en la derecha a algunas de sus bestias negras, con especial dedicación al alcalde de Madrid, Alberto Ruiz Gallardón o, en algunas ocasiones, las destempladas críticas a Mariano Rajoy por ser un tipo políticamente débil: «maricomplejines» le han llamado. Pero he optado por eliminarlas con toda intención, para evitar el juego, que tanto les gusta, de poder decir que critican a unos y otros. No. A unos son mil millones de veces; a los otros, dos docenas. No va a ser en este libro don-

de los cornetas laven sus muchos pecados. Asumo el riesgo de aparecer ante ustedes como un tendencioso.

Hay algunos amigos a los que no les gusta que un periodista hincue el diente a otros periodistas. Perro no come perro, dicen. ¿Quiénes criticamos con desenvoltura y pluma suelta a todos —presidentes de gobiernos, políticos en general, gobernadores de bancos centrales, escritores, artistas, bailarines, entrenadores de fútbol— no vamos a poder hacerlo con esos mismos boquirrotos que vierten desde sus tronos públicos sus mezquinas opiniones? ¿No deben denunciar los jueces intachables a los corruptos que haya en su gremio? ¿Los policías a sus compañeros que se saltan la legalidad? ¿Los médicos cuidadosos callarán ante quienes han dejado morir, por negligencia o mala práctica, a uno de sus pacientes?

¿Hizo mal *The Guardian* por informar sobre las prácticas corruptas de *News of the World*, el papel más populista de Murdoch, cuyo conocimiento público causó el reciente terremoto de todos conocido en Gran Bretaña? Ni de lejos busco cualquier insultante —por ridícula— comparación. Un respeto. Solo quiero decir que los reporteros de *The Guardian* no me parecen perros. Yo tampoco lo soy.

Y, además, detesto la omertá, que así se denomina —como todo el mundo sabe— al silencio de los mafiosos.

JOSÉ MARÍA IZQUIERDO
Madrid, 30 de agosto de 2011

Zapatero, el más inútil de los inútiles

En este ancho mundo hay personas estúpidas; pero menos que Zapatero. Hay, también, gentes inútiles; ni a las suelas de los zapatos le llegan en inutilidad a Zapatero. Conocemos a ignorantes, iletrados o ayunos de los más sencillos conocimientos; ninguno, absolutamente ninguno, tan ignorante como Zapatero. Conocemos a bobos, sandios, memos, rocines y hasta papamoscas; pues en astutos linceos y reflexivos búhos se convierten cuando los comparamos con Zapatero. Y si se rebusca, encontramos a marmolillos, ciruelos y hasta tolondros, que vistos de cerca se convierten en premios Nobel cuando giramos la cabeza y contemplamos a Zapatero. Se puede gobernar mal, muy mal, rematadamente mal, espantosamente mal... y como Zapatero.

Bien asentada esta primera piedra, quizá pudiéramos esperar de la bonhomía de nuestros estridentes cornetas un amago de compasión hacia el así disminuido. En absoluto, que pronto se dieron cuenta del error y optaron, a la velocidad del rayo, por cambiarle el carácter al interfecto. Se olvidó pronto aquel José Luis Rodríguez Zapatero al que los mismos que hoy le tildan de siniestro o malvado, le trataban despectivamente de *bambi*, criatura adorable que tan quejumbrosamente llamaba a su mamá, perdido en el tenebroso bosque de la política madrileña. Se reían mucho de él. Qué pánfilo, decían, dónde irá esta criatura. Hasta que el bobo solemne ganó las elecciones de 2004.

Y tomó algunas decisiones de gobierno que no gustaron nada a esa derecha montaraz y retrógrada que tan bien representan los calígrafos de la negrura y los muñecos de ventrílocuo de esa España rancia y casposa, hoy reconvertidos algunos de sus máximos representantes en modernísimos neoliberales. Así que fuera por la retirada de las tropas de Irak, el matrimonio homosexual o cualquier otra disculpa, que por entonces la economía parecía ir sobre ruedas —qué sarcasmo— la guerra de guerrillas se transformó en un potente ejército regular, y como antes hemos

dicho, declararon la guerra al infiel desde la misma noche de ese 14 de marzo de 2004. Entonces, se dijeron, ya no nos sirve la imagen del *bambi*, convirtámosle en el sacamantecas, el monstruo que habita en La Moncloa, como el otro lo hace en el lago Ness.

Así que a aquel tonto con balcones a la calle —máxime cuando renovó presidencia en 2008— ha habido que hacerle un nuevo traje a medida. Quienes tengan suficiente edad recordarán con detalle los primeros años 90, con Aznar y su equipo de gladiadores, con los sicarios mediáticos a su alrededor, insultando y lanzando dentelladas a los gobiernos de Felipe González, traspasados por la corrupción de algunos connotados socialistas. Años después, aquellos mismos lobos, ayudados por las nuevas generaciones de depredadores, con altavoz para sus aullidos en las TDT que el mismo Zapatero autorizó tan alegremente, han reeditado la campaña y se han dedicado con inquina científica a la descalificación personal de un Zapatero sacudido por una crisis económica que engulló su prestigio.

Verán que ha sido el peor gobernante de la democracia (varios), luego de la historia reciente (César Vidal), más tarde desde Fernando VII (Hermann Tertsch, Isabel San Sebastián) para acabar siéndolo desde Witiza (Amando de Miguel). No lo busquen: 702-710. Que ya han pasado años; incluso siglos. Frivolidad, incompetencia o vesania se suman para hacer, por fin, ese monstruo que se buscaba, ogro repugnante, adefesio hilarante. Que todos saben los males que nos ha causado y que nos resume Miguel Durán: «Ha convertido España en un lugar asolado por la crisis (...) Ha fomentado nuevamente la división entre españoles, resucitando los más tristes recuerdos de la terrible Guerra Civil (...) Ha negociado con terroristas, ha mentido y engañado a los suyos y a los otros (...) Ha “centrifugado” nuestra querida España en un obscuro ajuar de concesiones separadoras (...) Trafica sin pestañear con nuestros valores más sagrados y nos entregaría al mejor postor si eso fuera útil para él. Pactaría con el mismísimo Satanás si este le concediera alguna importancia».

Bien merecido se tiene, pues, que le mentemos incluso a su familia. Para que el oprobio al canalla sea aún mayor.

«El pelo de la dehesa, las formas grotescas y la ignorancia inabarcable de nuestro presidente han dejado huella en toda Europa».

HERMANN TERTSCH, *Abc*, 21-03-2010

«En un país de fábula había un Gobierno presidido por un elfo cretino».

JON JUARISTI, *Abc*, 11-04-2010

«Zapatero es la mayor calamidad que ha tenido España».

ALFONSO USSÍA, *La Razón*, 28-10-2010

«El presidente compres: ni se mueve ni se nota ni traspasa».

MIGUEL DURÁN, *La Gaceta*, 21-04-2010

«Los principales dirigentes europeos le consideran un pardillo ignorante, encumbrado en el poder por una anécdota interior del PSOE y por la torpeza del partido de la oposición».

LUIS MARÍA ANSON, *El Mundo*, 29-04-2010

«La basura generada diariamente por el Gobierno de Rodríguez Zapatero es imposible de reciclar. Moriremos todos contaminados por este basurero infecto en que ha convertido la política Rodríguez Zapatero».

AGAPITO MAESTRE, blog de *Libertad Digital*, 29-04-2010

«Quienes reímos del infantilismo necio de aquel cateto que, en 2003, llamaba a media tarde a los periódicos para mendigar su foto de adolescente descortés en la primera página del día siguiente nos equivocábamos. (...) Nos equivocábamos en lo esencial: no entendimos que infantilismo y catetez, sumadas a una impecable carencia de escrúpulos morales, son arma eficazísima en las manos de un frío profesional de la política».

GABRIEL ALBIAC, *Abc*, 10-05-2010

«Pasan los meses y los años, y cuando este “tío” acredita mil fechorías, una frivolidad política y económica sin límites, una improvisación de púber y una chulería incompatible con su escasa arquitectura, los primeros elogios o recelos se tornan en críticas y en desdenes».

CARLOS DÁVILA, *La Gaceta*, 08-05-2010

«A Zapatero solo una buena tunda le lleva a encontrar, muy a su pesar, el camino del acierto».

PEDRO J. RAMÍREZ, *El Mundo*, 16-05-2010

«Los españoles sabrán por qué hace dos años votaron al irresponsable y mentiroso que nos ha puesto junto a los griegos en esta miseria actual».

HERMANN TERTSCH, *Abc*, 16-05-2010

«Zapatero: yo creo que este hombre ya no sabe en qué mundo vive ni en qué día, somete a la lógica a un tratamiento de una crueldad intolerable. Qué cantidad de gansadas dice este hombre...».

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS, *Es la mañana de Federico*, esRadio, 20-05-2011

«Se dice que Zapatero / por malos momentos anda. / Que no ríe como antaño, / que apenas suelta palabra, / que a Sonsoles, la que llora / desde el oro de su jaula, / no le da las buenas noches / en su compartida almohada. / Que se quita la chaqueta, / que se pone su pijama, / que se cepilla los dientes / velozmente, que se enjuaga, / que sonámbulo y muy tieso / llega a su sitio en la cama, / no lee, nada conversa, / se vuelve, su luz apaga, / cierra los ojos y da / por cumplida la jornada. (...) En su mesilla de noche / sin ser abiertos, aguardan / libros de Suso de Toro / ayunos de su mirada. / Uno de Almudena Grandes / con muchos culos y bragas / pero que ya no le gustan / y que ya no le hacen gracia. / Una antología poética / con delicia preparada / por un tal García Montero / que vive y mora en Granada / jurado de tantos premios / que no ha tiempo para nada».

ALFONSO USSÍA, *La Razón*, 19-05-2010

«Me decía el pasado viernes un analista de enorme envergadura y nada desafecto, de entrada, a la socialdemocracia: “Zapatero tiene tres características personales: es un memo, es un soberbio y es un malvado”».

CARLOS DÁVILA, *La Gaceta*, 29-05-2010